

ESCRITO CON LUNA BLANCA

Juan Carlos Soriano Lorente ¹

XIX

La Hoyalda tiene convento. Hay pueblos que no y los días pasan por ellos como torrente sin fragor. Los conventos, antes de monjas que frailes porque salen responsables, le dan a un pueblo carácter retrospectivo. Desde que el mundo es mundo, la letra pequeña de la Historia se ha escrito en horas libres de maitines a completas.

Al convento de La Hoyalda le viene fama de antiguo por la engordadera de sus capones. Parecen cebados con mismísimo maná. Nadie sabe a ciencia cierta la base de su alimentación; pertenece a los secretos del monasterio, igual que la receta de los huesos de San Expedito, o la astilla del Lignum Crucis que reverdece el viernes santo al celebrar los Oficios.

El médico trabajaba de lleno en el historial de la Esperancica cuando le mandaron encargo de reconocer a una novicia que mostraba calentura. Don Vicente se personó dispuesto, a sabiendas de que lo recompensarían con un pollo de aquel sagrado corral. Dejó que le acompañara doña Carmen, pues era grande el interés que mostraba en conocer a las monjas. Nunca debió permitirlo: su esposa hizo comentarios que la desmerecían.

— ¿De qué especie son ustedes? –preguntó a la madre abadesa.

— ¿Especie?

— Disculpe, Reverenda Madre, es que mi mujer no está puesta en órdenes religiosas.

— ¡Ah...se refería a eso! Carmelitas. Somos carmelitas descalzas, aunque ya ve usted que llevamos sandalias –lo segundo lo dijo con mala idea y doña Carmen, que aunque bruta no era tonta, se tragó la partida-.

— Yo también tengo una tía monja. Lejana, sabe usted, no de las carnales. Es de esas que se van con los negros.

— ¿Misionera?

— Mismamente. Creo que *mercenaria*, pero no me haga usted mucho caso.

— Mejor será –tolerando a esa zopenca, que armaba a las mercedarias guerrille-

¹ Juan Carlos Soriano Lorente es escritor. Presentamos aquí un fragmento de su novela *Escrito con luna blanca*, publicada por la editorial PRAMES en 2002, y cuya 3ª edición ha aparecido en 2005.

ras del Altísimo, la madre abadesa creyó hacer su buena acción del día. Cumplido el precepto, aplicó su particular noción de los mandamientos del cristiano, según la cual enseñar al que no sabe paraba en ignorar al ignorante-. Ay doctor; se nos abrió el cielo cuando lo mandaron a La Hoyalda. El pobre don Anselmo, que en Gloria esté, no es que fuera mal médico pero solucionaba todo con emplastos y cataplasmas. Y otras veces, lavativa que te crió. Aquello, don Vicente, me daba que pensar. Igual don Anselmo obraba como instrumento de Dios y sus prescripciones eran el modo de advertirnos de que, sin mortificación, no se puede alcanzar la Gracia. Sus remedios, en cambio, se llevan tan ricamente que me pregunto si no serán pecado. Es posible que el Señor nos mande la enfermedad para recibir nuestro amor incólume.

Lo de amor incólume la madre abadesa lo había leído en *Vida y milagros de San Juan de Capistrano* (relato que le sirvió al padre Zacarías Guzmán para que lo elevaran a calificador del Santo Oficio) y le gustaba usarlo cuando dialogaba con personas instruidas.

— Reverenda Madre, ese sentimiento de culpa se lo quitaba yo con el psicoanálisis. Lo suyo son efectos y restos de excitaciones que han actuado como traumas sobre el sistema nervioso.

— ¡Vade retro, Satanás! No se empestille, don Vicente, que no respondo a esas preguntas, a no ser que me las formule mi confesor. ¡Vamos...!

— Pero la salud mental, llámela del alma si prefiere, está unida de manera indisoluble al bienestar físico.

— El alma, don Vicente, sólo de Dios.

— Y el honor patrimonio del alma.

— ¿San Agustín?

— Calderón.

— ¡Bah! Qué sabrán los comediantes.

Doña Carmen torcía el hocico a poco que le pincharan y la madre abadesa se le estaba estomagando. Con cara de pocos amigos, vio como regresaban su esposo y la Reverenda de explorar a la novicia. Le diagnosticó fiebres de Malta y, para entornarse, unas pastillas, buen caldo y mayor reposo. A la mujer del médico, los gestos de la monja se le antojaron gazmoños. Llevaba un pollo patas arriba, apretado contra el pecho, con el fin de que no batiera las alas.

— Este feo –pensaba doña Carmen– se lo voy a guardar mientras viva. ¿Por quién me toma esa frailuca?

El feo fue que no pudo traspasar la reja. Las disposiciones eclesiásticas eran claras al respecto y, por si cupiese alguna duda, allí estaba, escrita en los azulejos del locutorio, esta máxima: *"Hermano, una de dos:/ o no entrar, o hablar de Dios./ Que en la casa de Teresa/ esta regla se profesa."*

La disyuntiva no existió para ella; con tal de entrar, hubiera hablado del Señor y de las cien mil vírgenes, pero la obligaron a quedarse en aquel salón, desde el que se vislumbraba, tamizado por la celosía, un jardín con arrayanes. Mientras, la madre condujo al médico a la parte baja del claustro. Los muros se abrían en arcos trebolados como un encaje de blonda. Por la escalera de mármol gris, alcanzaron la galería superior que tenía arcos de punto hurtado y vidrieras de colores. La luz rutilaba los frescos de la pared medianera. El convento había sido franciscano con anterioridad a que lo ocuparan las carmelitas y el anónimo pintor, miembro acaso de la comunidad, ensayó sobre aquel vano la transición del románico frontal a los cuadros en perspectiva que, con su visión más profunda de lo humano y lo divino, introdujeron los maestros del gótico.

Aquel voluntarioso, el pintor de La Hoyalda había errado los trazos. La mandorla románica que envainaba al pantocrátor (alegoría del útero materno) rompió aguas cuando la nueva concepción del espacio aún era prematura. Así pues, los embaldosados, alfarjes y vargueños representados en aquella Biblia mural malograban el escorzo.

Las celdas de las novicias daban a ese corredor y, al paso que caminaban don Vicente y la abadesa, la monja hacía sonar una campanilla para advertir de que un extraño allanaba la clausura. Hubo tracamundana de cerrojos, que tonaban el *intra omnes* a los arpegios de su tintirintín.

Si alguna hermana encontraba a un intruso lejos de su celda, tenía obligación de cubrirse con el velo y salir zumbando por la parte oscura. En la escalera, el médico y la madre abadesa tropezaron con una novicia que, no teniendo otra salida, se arrió al barandal. Pero en aquel foco convergía toda la luz de las vidrieras y, bajo la gasa, don Vicente examinó, como en una radiografía, las facciones de la Inmaculada de Montañés que había visto en Sevilla. Igual que aquella Virgen, a la que llaman *La Ciegucecita*, la muchacha clavó los ojos en el suelo: no quería aplastar la bicha; al médico le pareció que buscaba sargazos blancos en la cara oculta de la Luna.

Cuando regresaron al locutorio, doña Carmen disimulaba su enfado. Que la abadesa le prohibiera entrar en la clausura no daba motivo a despreciar el pollo de aquel corral bendito entre los corrales. Ya buscaría otra forma de venganza sin que le fuera en ello el capón. Buena era la mujer del médico. En el preciso instante que la monja entregó el pollo a doña Carmen, el animal, hasta la cresta de tanto vaivén,

aleteó desahogado. De las plumas que soltaba puso el atrio en perdición. Doña Carmen lo incorporó sin aflojarle las patas y, con voz de falsete, -tan fina que nadie la oyera-, dijo mientras le pinchaba el culo: "Qué baldosas tan relucientes... Anda, majetón, échate una gallinaza y que rabie *SOR Gaceta!*"